

EL CATÓLICO.

PERIÓDICO RELIGIOSO, CIENTÍFICO, LITERARIO Y DE VARIEDADES.

REPÚBLICA DEL SALVADOR EN CENTRO-AMÉRICA.

AÑO III—TOMO III | San Salvador, Domingo 19 de Agosto de 1883. | SERIE X—N. 116

Aquí está el dedo de Dios.

Es una ilusión muy frecuente en los enemigos de la religión, la de creer que el catolicismo y la causa de la Iglesia van perdiendo cada día más terreno, para desaparecer ante el empuje de las pasiones y ante el progreso de las luces.

Esta ilusión no es de hoy ni de ayer: es y ha sido la ilusión de todos los siglos cristianos. Ella ha mantenido ofuscadas las inteligencias de los hombres irreligiosos en diez y nueve siglos que el cristianismo lleva de existencia.

Siempre se ha creído que éste se hallaba á punto de sucumbir, y en cada momento de la historia se le ha mirado á los bordes del abismo, en que debía precipitarse con todá la fuerza de una idea, que huye de la conciencia por no poder soportar el severo examen de la razón.

Varias veces se ha llegado también á creer, que se aproxima ya la hora de celebrar los funerales del catolicismo. Espíritus inquietos y lijeros se han gozado anticipadamente en esos funerales, como quien se goza, al aparecer los primeros rayos de la aurora, del anuncio de un día claro y sereno que va á seguir á una noche oscura y tempestuosa.

Pero es el caso que el cristianismo nunca muere ni sucumbe, y que son impotentes para menguar su fuerza divina y sus vitales humores, todos los recursos y los elementos que las pasiones humanas, amontonan, para ahogarle en el polvo de las catástrofes y de las ruinas.

Se le ha creído más próximo á la destrucción y á la muerte, precisamente en los momentos en que mejor ha sabido burlarse de las vanas esperanzas de sus fieros perseguidores y encarnizados enemigos: entonces es cuando ha sabido levantarse más alto sobre amontonados escombros, para ostentar mayor brío y lozanía, y todo el esplendor de su gloria inmortal y de su majestad eterna.

La Iglesia ha sobrevivido á la ruina de las naciones antiguas; ha visto hacerse pedazos y girones al vasto imperio romano, y establecerse con sus despojos las robustas sociedades de la edad media; ha presenciado la elevación y la ruina de los grandes imperios de Carlomagno, de Carlos V y de Napoleón; ha luchado denodadamente contra las vanas pretensiones del *Sacro imperio* y contra los monarcas absolutos de la época del renacimiento, que querían atarla con cadenas de oro bajo el pretexto de protección y defensa; ha asistido á la agonía de muchas naciones, á la muerte de poderosas dinastías y á los terribles sacudimientos de espantosas revoluciones sociales. Y en medio de tantas calamidades y trastornos, de tantas

catástrofes y destrucciones, la Iglesia se ha sabido conservar pura y serena, para llevar á todos el consuelo en sus desgracias y el aliento en sus fallidas esperanzas.

Con tan frecuentes desengaños y tan continuos reveses, llama la atención que las enseñanzas de la historia y la experiencia de los siglos, de nada aprovechan á los enemigos del cristianismo para hacerlos desistir de su loca tarea de querer destruir la divina institución de la Iglesia.

Hoy, lo mismo que ayer, y lo mismo que en todos los siglos cristianos, se cree todavía que la Iglesia se halla á punto de perecer, y dejar el puesto, que con tanto provecho para la humanidad ha ocupado, á merced de las pasiones y de la anarquía social. Todos sus enemigos se creen ya con derecho á disponer de sus despojos, sin medir la desproporción que media entre sus esfuerzos impotentes y la fuerza colosal que por todas partes les oprime.

¿Habrá todavía esperanza de destruir la obra magna del cristianismo? ¿No bastará, para desistir de la empresa, la larga experiencia de diez y nueve siglos? ¿Se creerá acaso que pueden hallarse nuevos recursos para la lucha, y nuevas armas para el combate?

Así se ha pensado siempre y en todos los tiempos pasados; así se piensa hoy, y así se pensará mañana y en todas las edades futuras.

En la época del Concilio Vaticano, año de 1870, después de una discusión libre y muy laboriosa y reñida, que duró más de cuatro meses, y en que tomaron parte todos los partidos más irreconciliables y opuestos, en favor y en contra del dogma de la infalibilidad Pontificia, un obispo católico de Inglaterra tuvo la graciosa humorada de ofrecer por la prensa un premio de 5000 libras esterlinas, al escritor que presentara un argumento enteramente nuevo, y que aun no se hubiera contestado por los católicos, contra la infalible autoridad del Pontífice romano. Entre todos los que formaban los innumerables clubs, meetings, conciliábulos, sínodos, ligas anticatólicas, sociedades secretas, logias masónicas y otras mil instituciones análogas, que á la manera de una bien concertada línea de fortificaciones se extendía por toda la Europa, con sus principales centros de operaciones en Londres, París, Nápoles y Constantinopla, no hubo uno solo que pudiera, á pesar de sus esfuerzos, ganarse el premio prometido. Del palenque de la prensa no pudo salir un nuevo tiro, que revelara el descubrimiento de una arma nuevamente encontrada.

Todos y cada uno de los dogmas católicos han, pasado, poco más ó menos, por las mismas pruebas; y bien pudieramos asegurar, que el símbolo de nuestra fé, sellado con la sangre de tantos mártires, ha sido grabado profundamente en nuestros corazones con el

cincel manejado por sus mayores enemigos y el martillo de todo género de persecuciones y de luchas.

Podría ofrecerse un premio de millares de libras esterlinas, con la seguridad de que nadie le ganará, al primer ingenio del mundo, que inventara una nueva arma para ensayar contra el catolicismo, y de que no se hubiera ya usado en los siglos anteriores. Todas son armas gastadas, y nadie sería legalmente declarado digno de llevar el premio.

Ni aun el génio portentoso, aunque versátil, de Voltaire, que contó, lo mismo que Lutero, con inmensos combustibles y con innumerables elementos, que pusieron á su disposición la dirección materialista de las ideas, el jansenismo tenaz, las luchas de las Potencias, el regalismo y el orgullo de los parlamentos franceses, y el olvido completo de la edad media, puede calificarse de verdaderamente original. Las armas de que usó fueron las mismas de que usaron doce siglos ántes el apóstata Julianó, los sabios restauradores del antiguo paganismo y los gefes todos de las diversas sectas en que se dividió la escuela alejandrina.

Esas armas, envejecidas yá por el trascurso de los tiempos, y fundidas de nuevo en Inglaterra por Collins, Tyndal, Wolston y Morgan, fueron importadas á Francia por el filósofo de Farney, y distribuidas después en todo el mundo por la revolución, la enciclopedia y el filosofismo sensualista.

A la vista de tantos desengaños, ocurre de nuevo preguntar, ¿en qué consiste que á los hombres de nada aprovechan en este punto, y solo en este punto, las enseñanzas de la historia?

Imposible nos sería contestar á esta pregunta, si nos atenemos al orden puramente natural. No podríamos explicarnos esa especie de aberración y de ceguera incalificable, con que los enemigos del cristianismo insisten en querer presentarle como falso y absurdo á los ojos de la razón y de los pueblos. Preciso es recurrir al orden sobrenatural.

Hay en este misterio algo más que una simple aberración del espíritu humano: hay un milagro viviente y palpable de la gracia de Dios, que prueba, más que todos los otros milagros juntos, el origen divino de nuestra santa religión.

Mientras la fé católica, *signo de contradicción* en el mundo, es á cada paso y á cada hora combatida en todas partes con cuantas armas pueden inventar la pasión, el odio ó el interés, se la vé progresar y resplandecer más y más en el corazón de los fieles, y nada es capaz de eclipsarla en las conciencias de quienes buscan sinceramente en Dios el objeto de su felicidad verdadera.

No es esto decir que los enemigos del catolicismo le ataquen siempre de mala fé: podrá haber quien lo haga con las mejores intenciones, y creyendo falsamente defender los derechos de la verdad.

Solo queremos dar á entender, que en esa pertinaz constancia con que en todo tiempo se ha atacado la religión de Jesucristo, debemos reconocer un hecho sobrenatural y divino, indispensable y necesario para conservar sobre la tierra la grande obra de regeneración intelectual y moral, que Dios se propuso con el sacrificio de la cruz.

Todos tenemos derecho de esclamar, á la vista de un hecho tan universal y resplandeciente: "Hic est digitus Dei", *aquí está el dedo de Dios!*

San Salvador, agosto de 1883.

SECCION CIENTIFICA.

LA IGLESIA

y la primera cuestión del órden social.

I

Es bien sabido, que si las doctrinas de Grocio y Puffendorf, de Hobbes, Benthañ y Rousseau, han prestado servicios importantes á las ciencias sociales, es porque sus autores no fueron demasiado lógicos al deducir las consecuencias que de ellas se desprenden. Asi es como han podido muchas de sus teorías ilustrar gran número de verdades sociales y políticas, de que se hacen continuas aplicaciones al gobierno de los Estados.

No es el objeto de este artículo empeñarse en una seria discusión sobre el origen de la sociedad civil y del poder que la gobierna, ni sobre los fines que la naturaleza les ha prescrito, como ni tampoco rebatir las estraviadas opiniones de varios filósofos moralistas en este particular. Solo lleva por mira señalar los límites de esa cuestión, que por su gravedad é importancia, bien merece ser calificada la primera del orden social, puesto que sirve de base al Derecho constitucional y político; así como también nos proponemos esponer las razones que nos asisten para asegurar, que la solución que la Iglesia le dá es la más conforme á los principios de la sana filosofía del derecho.

Dios es el autor de la sociedad civil, como lo es también de la naturaleza social del hombre.

Pero ¿quiere significarse con esto, que la sociedad civil es absolutamente necesaria al hombre, de modo que sin ella no puede subsistir ni conservarse? ó que sea el resultado de una exigencia imperiosa de esa misma naturaleza social?

Los que han resuelto por la afirmativa esta interesante cuestión, han atribuido demasiados derechos á la sociedad sobre los individuos que la forman, y colocádola en condiciones de una constante amenaza á los derechos de la libertad individual.

Los que la resuelven, por el contrario, en sentido negativo, exajeran demasiado los derechos individuales con notable menoscabo de la autoridad social, que por esto mismo colocan bajo la inspiración humillante del interés particular de cada uno de los individuos que forman la sociedad.

Los primeros muestran marcada tendencia á la tiranía y al despotismo; y los segundos, á la anarquía y á la relajación de los vínculos sociales.

Los unos deprimen al individuo, y casi le hacen desaparecer, para enaltecer al Estado; y los otros humillan al Estado para engrandecer al individuo.

La cuestión puede todavía plantarse en términos más claros y precisos. ¿Es Dios, creador de la naturaleza social del hombre, el autor inmediato y directo de la sociedad civil? ó depende ésta de la voluntad positiva de los hombres que la forman, siguiendo los impulsos de su propia naturaleza social?

Así es como más fácilmente se entienden las escuelas, y sus campeones quedan así también divididos en dos grandes partidos.

El uno establece y sostiene el derecho divino del Poder para gobernar á los pueblos; y el otro, el derecho divino de los pueblos para constituir el Poder.

El un partido forma la *escuela doctrinaria*, que es la escuela histórica y tradicional de la vieja Europa; y el otro forma la *escuela revolucionaria ó liberal*, que ha puesto en práctica sus principios en las nuevas repúblicas del Continente americano, y en las monarquías constitucionales y representativas de la Europa moderna.

Los partidarios de una y otra escuela parecen ser bastante lógicos al esponer y defender sus teorías. Si Dios es el autor inmediato y directo de la sociedad civil, debe serlo también del Poder que la gobierna, puesto que éste es una condición esencial y necesaria de aquella, sin la que no puede existir ni concebirse. Y si los hombres forman por su propia deliberación y voluntad, ya espresa, ya tácita ó interpretativa, la sociedad de que son miembros, ellos son los que constituyen por sí mismos y por su propia determinación el Poder que la gobierna y dirige al bien común.

Ambas doctrinas son falsas, y aun pueden calificarse de absurdas, si se toman en el sentido de que cada una de ellas entrañe un absoluto-esclusivismo respecto de la otra.

Muchos creen, que el derecho divino de gobernar á los pueblos, se opone al derecho divino de los pueblos para constituir el Poder, y al contrario; y de ahí nace, que *doctrinarios y liberales* defienden á veces sus teorías con demasíada acrimonia, y que, tal vez sin entenderse, se combaten con sobrada pasión y lijereza.

Desde luego ocurrirá á cualquiera que fije su atención en la cuestión propuesta, que ambas escuelas pueden estar perfectamente de acuerdo en el fondo de sus doctrinas.

Sea Dios, ó sea el hombre, el autor de la sociedad civil, siempre se observará, que tanto ésta, como el Poder que la gobierna y encamina á sus destinos, hacen venir del cielo la legitimidad de sus títulos. En el primer caso, esa legitimidad viene directamente de Dios: en el segundo, se comunica por el canal de la voluntad de los hombres.

Separamos de la discusión á los liberales-atéos, para quienes la palabra *legitimidad* carece de todo significado verdadero, y no pueden por lo mismo admitirse en el examen sério de ninguna cuestión moral, social ó política.

Tampoco debe confundirse la cuestión que se examina con aquella otra, que fracciona en dos partidos la *escuela doctrinaria*, á saber, si la soberanía social en concreto viene *inmediata ó mediatamente* de Dios. Aquí es siempre Dios quien constituye y concede el Poder, y sólo se trata de averiguar si le comunica directamente por sí mismo, ó si deja á la sociedad la *designación* de la persona ó personas que deban ejercerle, para confirmarle después con el sello de su autoridad omnipotente.

En la primera cuestión se trata de saber, si es Dios ó el hombre el autor de la soberanía del Estado; mientras que en la segunda sólo se trata de averiguar si, dada la solución de la *escuela doctrinaria*, Dios comunica *inmediatamente* la soberanía á la persona ó personas que se llaman en concreto el *Soberano*, ó si lo hace *mediante* la designación del pueblo.

Es decir, que la primera cuestión se refiere al *origen* de la soberanía, y la segunda, al *modo* con que Dios la comunica á las personas que la ejercen.

Y por lo que hace á la primera cuestión, que es la que nos ocupa, es preciso recordar, que las teorías exclusivistas carecen por lo general del sello de la verdad, que muchas veces se encuentra en la conciliación de doctrinas en apariencia contradictorias y opuestas.

Deslindados así los términos de la cuestión propuesta, que es sin duda ninguna la fundamental y primaria del derecho público y social, nos proponemos explicar en artículo separado, que se publicará en el número siguiente, cómo la solución adoptada por la doctrina católica en un sentido conciliatorio, es la única que se adapta y conforma á los sanos principios de la *Filosofía del derecho*.

San Salvador, agosto de 1883.

SECCION INTERIOR.

La Redacción de El Católico

agradece al Señor Doctor Don David Castro la carta, que se sirvió dirigirle en el n.º 55 de "La República."

Se abstiene de contestarla directamente, porque no teniendo intención de establecer una polémica, solamente quiso cumplir el deber de explicar el origen de las prevenciones del partido liberal contra el clero, hasta suponer que había explotado el fanatismo á ignorancia de los pueblos en contra de la independencia nacional.

Para esto se sirvió, no de sus propios conocimientos que nada valen, sino de una de las autoridades literarias más respetables que Centro-América tiene en la actualidad.

En la Sección de Variedades del presente número se reproduce con el título "EL CLERO Y LA INDEPENDENCIA DE SUD-AMÉRICA," una importante carta que publicó *El Conservador* de Bogotá, cuando se preparaba la fiesta para el centenario de Bolívar.

Ese documento contesta ampliamente al cargo formulado por el liberalismo contra el clero, con relación á la emancipación sud-americana.

La Ciudad de Tecapa.

que guarda indeleble el recuerdo de su sabio y virtuoso Párroco, Señor Presbítero Don José Miguel Alegría, ha dispuesto celebrar con solemnidades fúnebres la traslación de sus restos á la nueva Iglesia Parroquial.

Para esto invitó á muchas personas y principalmente á sus numerosos discípulos esparcidos por todos los puntos de la República; pero, habiendo sobrevenido dificultades que no ha podido superar, ha dispuesto transferir la traslación.

El Señor Cura nos ha recomendado la publicación del siguiente aviso, y nosotros accedemos con el mayor placer.

AVISO.

Por causas razonables se ha transferido la exhumación de los restos del difunto Presbítero Dr. Don José Miguel Alegría para los primeros días de Noviembre próximo; debiendo inhumarse en la nueva Iglesia Parroquial de esta Ciudad. Oportunamente se publicará el programa de los honores fúnebres que se harán á aquel virtuoso y benemérito Sacerdote, y se señalará el día de la inhumación.

Tecapa, 6 de Agosto de 1883.

J. IGNACIO MOLINA MILLA.

Presbítero.

FUNERALES.

Es muy sensible ver como va desapareciendo entre nosotros, la practica universal de dar sepultura religiosa á los cadáveres de los católicos.

Los miembros de las familias más cristianas y aun las personas mismas más piadosas son enterradas sin ninguna de las prácticas establecidas por la Iglesia y sin las formalidades que todo culto prescribe en esos casos.

Es verdad que el *Reglamento de Cementerios* prohibió que se hiciesen oficios fúnebres de cuerpo presente, sino en las Capillas de los Cementerios y en las fosas; pero el Reglamento fué modificado en esa parte por el acuerdo gubernativo de 28 de Agosto de 1882. En él se dispuso, que mientras se construían dichas Capillas en los Cementerios, puedan celebrarse las ceremonias religiosas de cuerpo presente que quieran los interesados en la Iglesia que se designe por la Autoridad en cada población.

Por consiguiente, sin violar la ley civil y sin incurrir en sus penas, los católicos del Salvador pueden

cumplir el deber que les impone su fé, ya con respecto á ellos mismos, ya con las personas muertas que les son queridas, de procurar que las inhumaciones se hagan conforme á sus creencias y no como si estuviesen destituidos de toda religión.

Desde los primeros siglos de su existencia, la Iglesia católica estableció que se ofreciese el Santo Sacrificio en sufragio del alma cuyo cuerpo esta presente por última vez; ordenó los oficios fúnebres; formuló las plegarias; determinó los sufragios, absoluciones, Instrucciones, y bendiciones para los restos mortales de los que, habiendo vivido y muerto en su comunión, reposan en su seno hasta la resurrección universal.

Nada más conforme á las creencias que profesamos, nada más consolador para las familias cristianas en sus dolorosos días, que el cumplimiento de esos santos deberes, tan provechosos para el alma del difunto y que rodean su cadáver de tanto respeto y veneración.

Al contrario, nada más opuesto á la religión, ni más vacío de consuelo, que la inhumación de un cadáver sin ninguno de los signos de su fé, sin ningún sufragio, sin ninguna práctica santa. ¿Qué diferencia habría entre la inhumación de un ateo y la de un creyente?

Consúltense todas las creencias. Las sectas protestantes, los judíos, los mahometanos, los chinos, los indios, hasta los pueblos más incultos, todos tienen sus ritos y ceremonias religiosas para depositar los cadáveres; para todos ese acto es uno de los más santos y más sagrados de su culto.

Solo entre nosotros no se observa nada de eso, de poco tiempo á esta parte. Tal vez se omite en la casa mortuoria hasta encender los cirios junto al cadáver; no es conducido á la Iglesia, sino que es conducido directamente al Cementerio general: esa conducción se hace del modo más irregular, unos con el sombrero puesto, otros conversando, algunos aun fumando.

Al llegar al Cementerio, se coloca el ataúd en la fosa sin ninguna formalidad, sin bendecir el sepulcro, sin colocar una cruz sobre él.

Para mayor irregularidad se ha conservado inconscientemente la costumbre de que los asistentes lleven velas de cera, que en el rito católico significan la luz de la fé. Decimos que para mayor irregularidad, porque en verdad resalta más ese signo religioso en medio de tantos otros signos profanos; y porque llevándola siempre apagada, es como si se quisiera expresar más bien la completa extinción de la fé en el difunto y en los existentes.

Sabemos que hace pocos días un protestante extranjero, habiendo asistido al entierro de una persona muy notable y católica de esta Capital, quedó tan escandalizado de la absoluta omisión de las ceremonias religiosas y del modo extraño como se ejecutaba, que después decía á sus amigos:

—Yo pido á Dios no morir en este país, para no ser sepultado de este modo.

¡Ojalá, puesto que la ley lo permite, practiquemos las disposiciones religiosas en nuestras inhumaciones, y tributemos á nuestros difuntos los santos sufragios que para su bien tiene la Iglesia establecidos.

Bajo la influencia del dolor y en los momentos solemnes de esas tristísimas separaciones, es cuando el hombre debe ser más cristiano y cuando tiene mayor necesidad de los consuelos de la fé.

La Agencia general de "El Católico"

ha mandado arreglar colecciones completas de El Católico, unas por años y otras por series de doce números.

El valor de cada serie pasada es 12 rls. y el de cada número suelto 1 real.

Se avisa á los señores Agentes, para que si en sus respectivas agencias hubiese quien desee comprar alguna colección ó número suelto, se sirvan dar aviso á la Agencia general.

Primera comunión de niñas.

Se nos escribe de Santa Tecla, que el día 15 del corriente, fiesta de la ASUNCIÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN, se celebró en la Iglesia parroquial de aquella ciudad, una primera comunión de niñas, en presencia de un numeroso concurso de fieles, que recibieron grande edificación de aquel acto tan solemne.

Fueron 19 las niñas que tuvieron la dicha de recibir por primera vez la sagrada comunión. De éstas, eran 12 del Hospicio de huérfanas de Belén, y 7 alumnas del Colegio de Señoritas de Santa Teresa.

El muy virtuoso y ejemplar sacerdote don Guillermo Rojas, que con tanto celo y cariño presta á aquella población grandes y notables servicios en su sagrado ministerio, se tomó el trabajo de instruir y preparar á estas niñas para un acto tan importante en la vida de un cristiano, logrando en más de dos meses y medio de asiduos y constantes ejercicios catequísticos, enseñarles convenientemente los dogmas y misterios principales de nuestra santa religión, junto con todo lo relativo á la gracia, sacramentos, moral y virtudes del cristianismo.

La señora Directora del Colegio de S. Teresa obsequió á las niñas comulgantes con un desayuno de gala; y por la tarde, reunidas de nuevo en la Iglesia de Belén, practicaron ahí la visita y acción de gracias al Santísimo Sacramento, con la acostumbrada ceremonia de la renovación de votos del bautismo y otros ejercicios análogos, que hacen de éstos actos el encanto y poesía de los corazones devotos.

Es de desear que todos los señores curas y demás sacerdotes celosos de la Diócesis se empeñen por generalizar en sus parroquias y respectivas Iglesias estas fiestas de primera comunión, procurando disponer bien á los niños de ambos sexos con útiles, sólidas y adecuadas instrucciones, á fin de que se acerquen á la mesa eucarística con las mejores disposiciones y la preparación que corresponde.

Prezioso es reconocer en este acto uno de los medios más eficaces para conservar y mantener la fé cristiana, el cultivo de las virtudes y la práctica de la religión.

SECCION DE VARIEDADES.

El Clero y la Independencia de S. América.

Ramiriquí, 25 de Abril de 1883.

Señor Dr. Don Joaquín Rodríguez.

Mi estimado amigo:

El señor Director de Instrucción pública del Estado, en su decreto publicado en el número 188 de El Boyacense, para celebrar el Centenario del gran Libertador Bolívar, dice: "que en la sección de Turmequé ocupará el puesto que correspondiera al Director, para el discurso, el Presidente de la Comisión de Vigilancia, señor doctor don Joaquín Rodríguez, bajo este tema: *servicios hechos por algunos miembros del clero á la causa de la Independencia.*"

Como usted ve, esta proposición, en un documento público, no sólo es depresiva de los grandes y cruentos sacrificios del clero de Colombia, sino que hace resaltar una censura grave contra toda la corporación, por su indolente egoísmo para con la misma causa. Su autor, quien sin duda la tomó de la retorta radical, no demuestra otro interés que el de menguar y

empequeñecer aquellos servicios que, el mismo Libertador, con el entusiasmo de la gratitud, encomió solemnemente en una manifestación oficial que dirigió al Congreso de Colombia, persuadido de que sin la cooperación de la fuerza moral del clero y de los muchos esfuerzos que hizo por la libertad de la patria, *de nada habrían servido ni los ejércitos de Jerjes ni los de Ciro.*

La opinión que se empezó a vislumbrar á fines del siglo pasado, y que se veía apenas como el brillo de una luciérnaga en una noche tenebrosa, buscó su centro en Bogotá, y lo encontró en el noble y patriótico corazón del eminente sacerdote doctor Andrés M. Rosillo. Su palabra, que era como un torrente de electricidad, atrajo fácilmente á los patriotas más distinguidos, y de acuerdo con el señor Gobernador del Arzobispado, doctor don Juan Bautista Pey, los Esteves, Caycedos [después Arzobispo], Escobares, Taveras, Méndez, Gómez, Amayas, Platas, Herráez, Cuervos y otras dignidades del Capítulo Metropolitano, con los Superiores de regulares y otros patriotas notables, se estableció en su casa el primer foco de luz en donde todos ardían en deseos de salvar á su Patria, y en donde, á pesar de la opresión, se acabó de sellar y poner en planta el gran pensamiento que llevó á Bolívar al monte Aventino, para jurar allí sobre la empuñadura de su espada volver á libertar á su Patria. De ese foco irradiaron los primeros próceres, y volvieron después de las grandes batallas, como los hijos de las matronas espartanas, coronados con los hermosos laureles de la victoria.

Al impulso heroico que dieron aquellas ilustres lumbreras del clero, se encendió en todos los sacerdotes el fervoroso patriotismo que los hizo prescindir del terror español, y poner su influencia, sus escritos, sus intereses, su palabra evangélica y su persona misma al servicio de la causa santa que demandaba todo sacrificio. Testigos de esta verdad fueron los pueblos á donde llevaron la propaganda patriótica, instruyéndolos en el santo deber de cooperar al triunfo del derecho en la empresa de la regeneración. De esta pléyade de sabios de uno y otro clero, salieron muchos á enrolarse como Capellanes en las filas de los libertadores, y como el célebre Díaz y otros, sellaron muchos con su sangre la promesa de su elevado espíritu.

Usted que ha visto con gloria las muy notables firmas del acta de 1810, ¿no se ha trasladado con su pensamiento al gran salón en donde un inmenso pueblo de patriotas se reunió, con estrépito, al rededor de un crucifijo y juró sobre los Santos Evangelios defender con su sangre la libertad de su Patria y la santidad de la religión? ¿No vió allí la alta autoridad del señor Gobernador del Arzobispado recibiendo ese juramento, rodeado de Superiores distinguidos de uno y otro clero, quienes firmaron también esa acta? Pues todos ellos, que eran los Prelados de la Iglesia y los Directores de las conciencias de los habitantes de la Nación, representaban á todo el Clero de Colombia, y por consiguiente, se ve claramente que los servicios que prestaron á la causa de la Independencia no fueron sólo por algunos miembros, sino por todo lo respetable y grande del Clero de Colombia.

No dudo que al leer la historia, sin ninguna prevención contra el clero, el patriotismo que ha visto con imparcial criterio el decreto del Señor Director, habrá rechazado la marcada injusticia y la ingratitud con que los enemigos de Jesucristo y de su Iglesia se han empeñado siempre en rebajar y empequeñecer los servicios del clero; precisamente porque el desprestigio en que la política de sus adversarios lo ha venido colocando, ha hecho que hasta los empleados oficiales le nieguen todo honor y se muestren estra-

ños indiferentes á las inspiraciones de la justicia, siendo, como de moda, que todo lo que pertenezca al clero, se trate siempre con el mayor desdén.

¡Qué! ¿los sacrificios de todo género hechos á la Patria, las instrucciones á los pueblos para elevarlos al conocimiento de sus derechos, la sangre de los sacerdotes, las cadenas y las proscripciones, no merecen siquiera algún respeto? Las solemnes Pastorales de los Gobernadores del Arzobispado, las patentes y las circulares de los Provinciales regulares, ¿fueron documentados sin trascendencia alguna en la historia de Colombia? Los Grandes esfuerzos de los Vásquez, Garay, Gómez Plata, Margallo, Padilla, Florido, Azuero, Chavez, Candia, Chavarría, Gutiérrez, Afanador, Mota, Racines, Escarpeta, Talledo, Vela y mil más, ¿no valen nada ante la opinión ilustrada del verdadero patriotismo de la República?

¿Seréis envueltos todavía en los pañales de la infancia, no pueden admirar la intrépida caridad de aquellos célebres sacerdotes, que aliviaron las fatigas del ejército libertador. Sacerdotes abnegados que á cada paso, á cada batalla en que se disputaba la vida, sólo esperaban la proscripción y la muerte. Más de diez años de fatigas, lidiando sin tregua, desnudos y hambrientos, con enemigos implacables, todo lo sufrieron con gusto, porque su única y exclusiva gloria era la salvación de la Patria.

Acabada la guerra, los sacerdotes que no perecieron en las batallas ó en los hospitales, en los calabozos ó en el destierro, volvieron á sus casas ó á la humilde celda, con la oliva de la paz, sin otro premio, ni otro honor, que el de rogar á Dios por la felicidad de la República, y por la salvación de sus hermanos. A ellos, que cultivaron el precioso árbol de la Libertad y lo regaron con su sangre, hasta poner sus frutos al alcance de todos; á ellos, cargados de merecimientos y abandonados del mundo, se les niega hoy el derecho de recordar á Colombia sus servicios y de que la historia publique sus nombres.

Y ahora, cuando las nuevas generaciones están saboreando la dulzura de aquellos frutos, sin acordarse de la mano que los sembró, ni de la sangre que los fecundó, y cuando se va á celebrar el Centenario del gran Libertador para cantar sus glorias y ver con admiración los rayos de ese sol, que, como dijo, brillaron por él en sus Tenientes. ¡Oh! á más no poder, y como para esquivar el encuentro con los servicios del clero, se ha encargado á usted para que haga el discurso memorativo de los que prestaron *algunos miembros* del clero á la causa de la Independencia. Y es que el señor Director conoce el peligro en que se pondría el empleado oficial ó el patriota moderno al hacer el elogio de aquellos servicios, que por sabido, no debían ser de *todo el clero*, que esto sería mucho, sino de los "*servicios de algunos de sus miembros*". Este encargo de *tino político* y de *escrupulosa* atención, hecho á un sacerdote notable como U. demuestra evidentemente, que delante de sus copartidarios, el señor Director no pudo hacer otra cosa, ni le era permitido, en esta época, reconocer los rancios servicios del clero, sin decir á usted: "alábrate coles, que no hay quien te alabe."

Pero sigamos apuntando algunos otros servicios notables que prestó el clero á la causa de la Independencia.

¿Se necesitó del tesoro de la Iglesia para salvar la Patria? El Capítulo Catedral, que representaba al clero, se reúne y ordena en el momento que se ponga á disposición de la Junta patriótica todo el dinero de diezmos que se encuentre en Caja.

A su ejemplo los conventos de regulares entregan lo más precioso de sus alhajas, y los franciscanos, además, 14,000 pesos de los Santos Lugares, sin que

por esto se hubieran quedado atrás, ni los curas, ni los capellanes, ni las monjas.

El Convento de Chinguirá también puso á disposición de los patriotas, el valioso tesoro de su Iglesia, y á su ejemplo otros varios conventos de fuera de Bogotá, como los de Tunja, que también llenaron este deber con distinguido patriotismo.

Por eso dijo el Libertador al Vicepresidente después de la batalla de Boyacá: "*Tunja!*" esta ciudad es heroica. . . . el clero secular y regular, los monasterios de monjas, etc. me han abierto su corazón."

Apenas vuelto el Libertador á Bogotá después del año 1819, los franciscanos le obsequiaron solemnemente dedicándole unas conclusiones de Derecho internacional, en las que sostuvieron con lujosa argumentación, el derecho perfecto de las colonias para independizarse de España. La concurrencia de los patriotas y de todas las corporaciones y colegios, fué notable. En esas conclusiones le hicieron conocer al gran Bolívar la decisión del clero por los sublimes principios del derecho y las cordiales manifestaciones de aquellos religiosos por enaltecer sus glorias.

No sin razón decía el año de 1811 el primer Presidente, D. Jorge Tadeo Lozano, al Colegio electoral: "*siempre encontramos al clero, cuando no encabezando, tomando parte en los hechos-patrióticos, y esto desde el 20 de Julio de 1810.*"

Igual informe, en sentido adverso, escribió Morillo al Rey de España, pidiéndole que le mandara curas, porque, decía: "los curas están particularmente desafectos; ni uno parece adicto á la causa del Rey." Este es el mejor testimonio, dice Groot, para tapan la boca á los ignorantes en la historia del País y á los maldicientes hipócritas que por odio á la Iglesia, han calumniado al clero diciendo, que toda la historia comprueba que siempre se ha aliado con los enemigos de la libertad.

Ya comprenderá usted que los que han tenido interés en rebajar el mérito patriótico del clero, no han hecho otra cosa que parodiar al feroz Morillo, quien decía al Rey: "que para subyugar estas Provincias, se debían tomar las mismas medidas que al principio de la conquista." Y éstas son, las que los radicales han tomado para oprimir y envilecer el clero. Medidas de verdadera conquista, con que se han propuesto pervertir y llevar á los pueblos al ateísmo para destruirlo todo; y como estos esfuerzos de tiranía se han estrellado contra la roca firme de la Iglesia, por eso le vuelven con disgusto la cara á la historia, esquivando reconocer los servicios del clero.

Contrayéndome ahora á los últimos *Anales del Congreso*, me ha sorprendido ver todavía la multitud de peticiones de hijos, de nietos, de mujeres. . . . nacidos de veinte años acá, interponiendo los servicios de sus padres y abuelos, para que se les dé pensión; y lo que es verdaderamente triste y alarmante, se la han concedido á los que sostuvieron en guerra fratricida, aplaudiendo las ambiciones bastardas de muchos de sus caudillos. Pero, gracias al Todopoderoso, desde la guerra magna hasta hoy, no encontrará usted ninguna petición de sacerdote, reclamando pensión por sus buenos servicios, porque ni se la habrían dado, ni le habría hecho honor al gran mérito que contrajo por el amor á la Patria y el respeto á su conciencia.

Pero yo pregunto: —¿hay algún monumento en Colombia, ó la más ligera muestra de atención que indique siquiera el justo reconocimiento de sus habitantes por los servicios del clero?

¡Oh Colón! ¡Oh Fray Juan Pérez de Marchena! en el profundo olvido de vuestra memoria, está simbolizado el olvido indolente que todos han tenido por los servicios del clero católico!

El clero, que dirigió la opinión y le dió consisten-

cia, que se pronunció y formó la primera Junta del Congreso, y juró allí é hizo jurar la Independencia que fué representado por el Prelado Gobernador del Arzobispado; el clero, que entregó sus caudales y puso todo su prestigio, su inteligencia, su palabra y su vida en manos de la Patria; que siguió la suerte de los libertadores y regó los campos de batalla con su sangre; ese clero que anduvo desterrado, desnudo y hambriento, cargado de cadenas en los castillos y calabozos, pudo encontrar en lo humano, más fatigas, más sufrimientos y más dolores para probar, hasta el delirio, el amor por la libertad de su Patria? ¿Y se le podría exigir más? ¿No fueron estos los servicios más heroicos, que dieron el honor á Colombia y la gloria á todo buen patriota?

Entendámonos, mi amigo; si estos hechos estupendos constituyen los héroes, el clero de Colombia tiene el honor y tiene la gloria de haber sido heroico, y nadie puede negarle la virtud del patriotismo.

Conocedor como es usted de la historia de la Independencia, no necesita de mis indicaciones para conservar la dignidad de su puesto, y por lo mismo me abstengo de otras reminiscencias que me acabarían de vindicar ante el buen concepto de usted, por la amarga pena que me causó la proposición del señor Director de Instrucción pública del Estado y el encargo que hizo á usted para hacer el elogio del clero.

Disimule usted el desaliñado estilo de mi carta y acepte el cariño y el fraternal patriotismo, con que soy de usted adicto estimador y amigo.

LEANDRO M. PULIDO.

[De El Conservador de Bogotá]

La muerte de María Santísima.

Iba á cerrar la noche del 14 de Agosto.

En la cumbre desierta del Calvario había dos personas, que divagaban dentro un pequeño círculo con el cuerpo inclinado, en además de buscar un objeto que se les hubiese perdido. De vez en cuando postrábanse con la frente al suelo, permaneciendo largo tiempo en esta actitud.

La luz del crepúsculo iba desapareciendo absorbida por las sombras, que nacían desde el fondo de los valles para envolver todo aquel cuadro. Cuando advirtieron que era de noche, aquellos dos personajes se deslizaron silenciosamente por la pendiente del Calvario y penetraron por la Puerta Judiciaria en la antigua ciudad de David.

Era la Virgen Santísima, que, acompañada del discípulo amado, había venido de Efeso, para visitar los lugares que tan preciosos recuerdos encerraban y besar aquella tierra bendita, regada con la sangre del Salvador.

Juan iba más triste que de costumbre: una palabra de María le había desenbierto un secreto que helaba su corazón.

En la cumbre del Calvario María había recordado las palabras de Jesús moribundo, que habían unido desde entonces con ella al discípulo del amor; y después había añadido misteriosamente:

—*Hijo, mañana estaré con El.*

Hé aquí por qué San Juan caminaba absorto y cabizbajo sin darse cuenta de las calles que atravesaba, hasta haber entrado en una casa de Jerusalén donde se encontraron con los demás Apóstoles, que, á impulsos del Espíritu del Señor, habían acudido á la ciudad santa.

Los Apóstoles se permitieron besar respetuosamente la mano de la Santa Madre de su Maestro; después se abrazaron entre sí, y se dieron el ósculo de paz.

Al estrecharse pecho con pecho, sentía cada uno palpar con fuerza los corazones de sus compañeros, á quienes el amor de Jesucristo había unido é identificado en una misma llama. Diéronse cuenta de sus trabajos y de los frutos que por toda la tierra producía la semilla del

Evangelio. Una dulce sonrisa se dibujaba en los labios de la Virgen, porque cada alma que conquistaban los Apóstoles era un nuevo hijo de su corazón.

Pocas horas después, todos estos personajes se hallaban reunidos en un salón ancho y espacioso de aquella dichosa casa. Estaba amueblado con gusto y sencillez, todo respiraba esta encantadora severidad cristiana. Pendía del techo una lámpara sujeta con cadenas de bronce, cuyos diferentes mecheros formando una corona de luces, difundían una claridad rogiza que llegaba misteriosamente modificada á un extremo del salón.

Allí recostada sobre su lecho humilde estaba la ilustre nieta de los Reyes de Judá, rodeada de los Príncipes de la nueva Jerusalén; una palidez simpática cubría su rostro hermoso, porque la mano del tiempo había respetado aquella hermosura celestial. Aparecía de alguna edad; no por los defectos que acompañan á la vejez, que no los tenía, sino por un rasgo de más profunda piedad, que el rostro de los justos suele adquirir con los años.

Los Apóstoles contemplaban á su Reina con el corazón oprimido de dolor por la pérdida que presentían; más cuando la Virgen les dirigió algunas palabras de consuelo, no pudieron disimular por más tiempo su honda aflicción.

Pedro, encorvado ya por el peso de los años, lloraba á lágrima viva. Los demás Apóstoles, por más que pugnan por devorar en silencio su amargura, no podían impedir que una lágrima ardiente subiese de su corazón á sus ojos.

Juan, el que no se había separado de ella desde la muerte de Jesús, el que la llamaba Madre y oía de sus labios el dulce nombre de Hijo, de pie junto á la cabecera, parecía la imagen del dolor; había envuelto su rostro con el manto que vestía, y aunque con él ocultaba sus ojos, no podía contener los profundos sollozos que bien descubrían el estado de su alma.

La voz de la Virgen tomó un timbre más dulce y armonioso; su corazón rebosaba de júbilo; en sus ojos brilló vivamente un rayo de la esperanza, que había guardado en su pecho por espacio de algunos años.

Estaba hermosa, magnífica, radiante.

Brotaban de sus labios palabras del cielo á impulsos de una inspiración tranquila, como el gozo de los bienaventurados que inundaba ya su alma pura. Nadie habló como Ella de las dulzuras del amor divino.

De pronto su palabra quedó cortada, como si se hubiese olvidado de ella, para seguir la altísima inspiración de su amor; sus ojos se levantaron al cielo; su rostro tomó una expresión de delicioso éxtasis, y dejó caer sus manos que se cruzaron espontáneamente sobre su pecho virginal, que se movió ligeramente al exhalar un suspiro.

Fué el último.

Los apóstoles se miraron sorprendidos, creyendo apenas lo que veían sus ojos. Postráronse al rededor de aquel lecho, como sintiendo en aquella estancia la presencia de Jesucristo, que venía á recoger el alma de su dulce Madre.

—¡Ha muerto!—decía uno.

—Y ha muerto de amor,—contestaba otro.

—Y ha muerto sin sufrimiento, porque fué concebida sin pecado,—dijeron todos.

Tres días después los Apóstoles se dirigían al sepulcro donde habían depositado el cuerpo sacrosanto de María; acababa de llegar de lejanas tierras uno de los doce, por nombre Tomás.

No habiendo asistido á la muerte de María, quiso tener la dicha de contemplar sus despojos; y Juan ayudado de otro discípulo, apartó la losa que cubría la puerta.

Todos fijaron con ansiedad los ojos en el fondo del sepulcro: un olor suavísimo se exaló por el ambiente; más el cuerpo había desaparecido. En aquel momento una armonía celestial resonó por los aires, que se iba perdiendo en lontananza tras las elevadas bóvedas del cielo.

El cielo no quiso dejar al arbitrio de los hombres su tesoro.

Al dispersarse otra vez por la tierra los Apóstoles, decían á la Iglesia naciente, que la Madre de Dios había muerto sin dolor, y que había sido arrebatada al cielo por los Angeles, porque no tenía mancha.

(Del Almanaque de los amigos del Pape.)

La incredulidad conduce al suicidio.

Hace pocos años que encontraron muerto en su aposento á un joven, llamado Gustavo.

¿Qué horror! ¡apenas tenía diez y seis años, y él mismo se había suicidado!

El infeliz estaba ya disgustado de la existencia, cuando apenas la había ensayado.

¿Qué causa le condujo á ese crimen?

—La incredulidad—Desde la edad de 15 años, era ya espíritu fuerte, libre-pensador.

Su padre no le enseñó religión ninguna, y solía decir:

—Cuando mi hijo salga de la infancia, le dejaré que escoja su religión y elija su Dios.

Llegó el momento en que el hijo salió de la infancia; y entonces escogió los vicios y poco después eligió la muerte.

¡ Infeliz hijo !; pero mucho más ¡criminal padre!

Expl. del Cat.

Lección de un niño á los ébrios.

Hallándose el joven Ciro en la corte del Rey Astiages, desempeñó un día el cargo de copero.

Pero, antes de llenar las copas, no gustó el licor que servía, como era deber de los coperos.

Advirtiéndolo Astiages, y le pidió la razón de su extraña conducta :

—Temía, respondió Ciro, que el vino estuviese envenenado.

•—Y por qué lo temías?

—Porque el otro día, durante el festín que V. M. dió á los señores de la Corte, noté que, después que habían bebido un poco del vino, tanto V. M. como todos los señores, se pusieron enteramente diferentes á como eran antes.

•—Pues como nos pusimos?

—No tuvieron dificultad de permitirse, lo mismo que prohiben y castigan en nosotros los niños. Gritaban todos á la vez y no se entendían; cantaban del modo más ridículo, y no obstante creían hacerlo del modo mejor del mundo. Aún más, cuando se levantaron para danzar, no solamente no danzaban guardando el compás, más ni si quiera podían tenerse en pié. En una palabra, parecía que Vuestra Magestad había olvidado que era Rey, y que los convidados habían olvidado que eran vasallos de V. Magestad. ¿Puede esto atribuirse á otra causa, que á un veneno que trastorna al hombre?

—Dime, pues, hijo mio, repuso Astiages entonces, ¿no hace tu padre lo mismo?

—Jamás, señor, contestó Ciro, cuando mi padre ha bebido vino, cesa solamente de tener sed.

Astiages avergonzado, mandó con un pretexto que se alejase de la sala del festín aquel joven príncipe.

cipe, y auguró que, perseverando en sus virtudes, Ciro vendría á ser el señor de todo el mundo.

Rollin hist. ant.

Conocimiento tardío.

El Canónigo Pope, de Dublín, habiendo remitido al ex-emperador Napoleón III de Francia, un libro que había publicado recientemente acerca de *El Concilio Vaticano*, recibió la siguiente respuesta autógrafa:

"Chislehurst 29 de Julio de 1871.

"Señor Abate: he recibido el libro que me habeis enviado y lo he leído con interés; vos tenéis razón al decir, que la regeneración de la Francia no puede realizarse de otra manera, que bajo un régimen basado sobre la Religión, la conciencia y la moralidad."

"Agradeced &.

Napoleón III."

La política indicada en esta epístola es diametralmente opuesta á la seguida por él, durante los diez y nueve años de su reinado. ¡Política cuyos resultados han sido tan funestos á la Religión y á la Francia!

Pensamientos.

El amor á la patria es el conjunto de todos los afectos que el hombre tiene á sí mismo, á su familia, á sus amigos.

La patria es la asociación de todas las cosas divinas y humanas; esto es, el hogar, el altar, la tumba de nuestros padres, la cuna de nuestros hijos, la justicia, la propiedad, el honor, la vida.

Cuanto menos religión hay en un pueblo, se necesitara de mayor policía y demás terrible severidad en las penas.

La religión es la que conserva el orden interior en el hombre; así como la autoridad conserva el orden exterior en el pueblo.

(Revista popular).

Centenario de Bolívar en Costa-Rica.

El *Eco Católico de Costa-Rica* publica en su n.º 28 un importante artículo, en que describe las fiestas celebradas en el centenario de Bolívar, y en el que analiza algunos de los discursos pronunciados en ellas.

De ese artículo tomamos los siguientes periodos:

"Fué celebrado en esta Capital con solemnidad imponente. La velada lírico-literaria que con este motivo hubo de verificarse ante numerosa y escogida concurrencia, es muy digna de recordación. La memoria del héroe hispano-americano pareció imprimir á la música y el canto el sello de su grandeza y el acento sublime de la libertad. La oratoria y la poesía levantaron su vuelo á grandes alturas.

"La seriedad del acto y la magnificencia del asunto pusieron en los labios de los oradores frases casi elocuentes, las cuales impresionaron vivamente al auditorio, que respondió á ellas con ruidosos y prolongados aplausos.

"Es innegable que el discurso primero excedió á los siguientes en cualidades oratorias....

"Sin embargo, preciso es confesar que tan brillante discurso estuvo muy opuesto á la verdad en algunos puntos esenciales de la narración.

"Las narraciones políticas que en él hubieron de hacerse con motivo del terremoto de Caracas y de la conducta dignísima del Canónigo que tan felizmente favorecía á Bolívar en su colosal proyecto de emancipación, produjeron pésimo efecto en el ánimo de casi todos los espectadores, á causa de su perfecto antagonismo con la razón, la historia y el sentido común.

"La sombra augusta de Bolívar quedó así oscurecida y como sepultada bajo un montón de inectivas y dicerios contra el clero católico y los pensadores adversos á las ideas del liberalismo. Muy difícil será demostrar que Bolívar fué liberal y no católico. Quisieramos ver una sola prueba de ello.

"El segundo discurso fué pronunciado con voz argentina y en estilo declamatorio.... En el centro del discurso fulguró este magnífico pensamiento, digno de escribirse con caracteres de diamante en el frontispicio de todas las *Logias Masónicas*,... es preciso *liberar á las repúblicas de entidades peligrosas á la soberanía del pueblo*.

"Bolívar, inspirado de esta gran verdad, espidió el decreto que á continuación incertamos *contra las sociedades secretas*. Bien inspirado estaba aquel genio de la soberanía del pueblo, según ha sido entendida, proclamada y puesta en practica por el catolicismo, cuya misión ha sido siempre amparar á los débiles contra los fuertes, y abatir la soberbia de los tiranos, sea cual fuere la forma en que estos se presenten. ¡Ah! si el catolicismo desapareciera de la historia, los pueblos quedarían sometidos á una tiranía sin igual en la serie de infortunios, que la humanidad ha sufrido en el trascurso de las edades.

"El exordio del discurso tercero fué grave, modesto y oportuno;... pero hubo de abrumar á los oyentes con divagaciones confusas y con pensamientos incoherentes y falsos algunos de ellos....

"Los pasajes relativos á—*la odiosa tiranía de los Papas en la noche de la edad media*—descubrieron nociones muy superficiales de historia, y falsos conceptos de la libertad y la civilización....

"Hora es ya de decirlo: Bolívar, así como Washington, no fué el jefe de un partido determinado, sino la encarnación de una grande idea; la idea de la emancipación política de un mundo, llamado á representar grandes destinos en el esenario de la historia.

"El antagonismo de esa grande idea con las ideas y con las acciones del *liberalismo moderno*, es evidente.

"Bolívar no fué liberal, en el sentido que hoy se dá á esa palabra; sino en el concepto de haber comunicado libertad y vida propia á pueblos, que ya no necesitaban estar sometidos á extranjero yugo.

"Es, pues, impropio el procedimiento de caracterizar á Bolívar como una columna del *liberalismo sistemático de hoy*.

Esto equivale á vilipendiar la memoria del héroe, cuya alma nobilísima comulgó siempre en el espíritu de la religión católica, como hemos de demostrarlo, si las circunstancias lo exigen....

(Sigue el decreto de Bolívar en que proscribe todas las *sociedades masónicas* del territorio de la República, è impone severísimas penas á los que las toleren ó entren en ellas.)

TIPOGRAFÍA DEL COMETA, CALLE DEL COMERCIO.